

Hora Cero – Grecia

Son las nueve de la mañana y el sol golpea con fuerza. Impasible. Todopoderoso. Sophia se detiene a coger aire y con la mano izquierda se quita el sudor de la frente. Luego, continúa a paso ligero hasta llegar al acantilado. Una vez en lo más alto de la colina, permanece en silencio. La brisa, aunque caliente, le produce alivio. Algunas gaviotas sobrevuelan su cabeza. Sus deportivas están llenas de tierra debido al ajetreo de los últimos días. Mucho más abajo, las olas del mar rompen contra unas piedras afiladas y oscuras. El olor a sal se instala en sus pulmones. Delante se extiende el majestuoso y trágico mar Egeo.

Sophia piensa en la violencia de la naturaleza, en la crueldad del mar y del ser humano; en las sirenas que aparecen en los mitos clásicos y la cantidad de cadáveres que esos seres —mitad mujer, mitad pájaro— han devorado. Está convencida de que toda historia se basa en algo real. Imagina cientos de marineros flotando en la superficie del agua: destrozados, con el cuerpo lleno de arañazos y mordiscos, víctimas de un canto hipnótico. La cantidad de sangre, de huesos, de barcos que se han hundido en el fondo del mar, que se han mezclado con la arena y se han perdido con el paso de los años. Sophia considera que los océanos y los mares siguen despertando el respeto que infunden los dioses y la muerte. El agua continúa comportándose como un enorme campo de batalla que esconde fantasmas y sueños.

Y Sophia lo ha visto de primera mano.

Tiene treinta y cinco años y es maestra en una escuela de Nottinghamshire. Se graduó en la University College London y

consiguió un puesto en el mismo colegio en el que había estudiado de pequeña. Ese había sido su objetivo desde que empezó la universidad: quería transmitir a las nuevas generaciones de su propio pueblo la pasión por la historia y la literatura. Por eso, siempre que podía hablaba de las grandes batallas que acontecieron alrededor del mundo, de autores clásicos y de mitología griega, su favorita.

Cuando Sophia comenzó a salir con Mike, que trabajaba en el ayuntamiento, su madre se lo contó a sus amigas de la iglesia. Su entusiasmo era evidente y comenzó a fantasear con una boda preciosa. Sin embargo, la pareja no se casó, aunque se fueron a vivir juntos después de dos años de relación.

Una mañana, en todos los periódicos y en todos los canales de televisión, aparecieron noticias sobre una guerra que había estallado en Oriente Próximo. Cada día que transcurría, el conflicto era mayor y más violento, y obligaba a los civiles a lanzarse al mar en busca de la salvación. Estas desesperadas huidas solían terminar con pateras y barcos abandonados y vacíos, y con cuerpos sin vida y llenos de agua anclados en la orilla. Los gobiernos de algunos países acogían a los supervivientes, mientras que otros preferían cerrar los ojos ante la muerte. Los periodistas —y las redes sociales— se encargaron de globalizar el suceso y despertar conciencias alrededor del mundo. Conciencias que, con el paso de los años, viendo que el conflicto no encontraba solución y la desesperación en alta mar no terminaba, volvieron a dormirse.

Pero ese no fue el caso de Sophia: ella sintió la necesidad de formar parte de la solución. Lo tuvo claro desde el mismo instante en el que vio una fotografía firmada por un francés llamado Didier. En la imagen, que ocupaba la primera página del periódico y que se hizo viral, aparecía un muchacho abrazado a su madre, ambos rodeados de escombros. El niño, de aspecto sucio y demacrado, tenía unos ojos tristes que desafiaban al observador. Entre sus raquíticos brazos descansaba la mujer, de espaldas, llena de heridas y con la cabeza oculta bajo un pañuelo oscuro.

Sophia pensó en los niños muertos, en sus vidas descuartizadas, quemadas y mutiladas. Durante muchos años le dio vueltas a todo ese asunto, hasta que encontró una ONG que había construido campos de refugiados en Grecia. A Sophia se le había presentado la oportunidad que tanto esperaba: convertirse en la protagonista de una historia como las que contaba en la escuela. Podría dejar las aulas y los libros y adentrarse en la vida real.

El primero a quien le contó su decisión fue a Mike:

—No quiero dejar lo nuestro.

—Entonces no vayas —contestó molesto.

—Necesito hacerlo, ¿es que no lo entiendes?

Mike le enseñó un anillo de compromiso como única respuesta.

Y Sophia se vio obligada a elegir.

Tres días después habló con sus padres.

—Te van a matar —soltó la madre.

—Tiene razón —la apoyó el padre.

—No es verdad —se defendió ella—. Todo irá bien.

—¿Qué opina Mike? Él no estará de acuerdo, ¿verdad?

—A él no le importa.

—¿Cómo no le va a importar?

—¿Ya te ha pedido matrimonio? —inquirió su padre.

Esa noche, Sophia volvió a llorar.

En el colegio la apoyaron, aunque temían por su vida en silencio. Sus alumnos de quinto y sexto curso le hicieron unos dibujos que Sophia se llevó a Grecia. Ojalá pudiera habérselos llevado todos, pero eran demasiados. Eligió dos, los de sus alumnos preferidos (una predilección que nunca confesaría). En el primer dibujo aparecía un avión muy grande que sobrevolaba una montaña de cuerpos tumbados. Sophia no se atrevió a preguntar el significado. En el segundo había un grupo de niños jugando en la playa. Sobre la arena, un garabato alargado de color rojo de cuyos lados salían multitud de rayas que formaban unas alas y, en sus extremos, dos círculos negros. La figura recordaba a una polilla gigante. Sophia también aparecía en la escena; estaba debajo del

agua y sonreía muy feliz. La maestra quiso saber por qué estaba hundida. El pequeño autor se limitó a decir que así lo había soñado.

Su mejor amiga la acogió en su casa tras haber roto con Mike. Estuvieron juntas hasta que Sophia hubo terminado el papeleo y su vuelo a Grecia salió al fin. Apenas llevaba equipaje y, en el aeropuerto, las piernas le temblaban.

—Eres muy valiente —reconoció la amiga, preocupada.

Sophia la miró con firmeza y respondió:

—Es lo que hay que hacer.

Se abrazaron por última vez.

Teniendo en cuenta su experiencia como docente, Sophia fue elegida, junto a otros voluntarios de todo el mundo que se habían sumado a la causa, para acompañar a los niños del campamento. Se instaló en una posada situada en el centro de una aldea y, esa misma tarde, fue al campo de refugiados. Hacía sol, olía mal y el suelo de tierra estaba lleno de charcos y bolsas de plástico. Una gran tienda de campaña servía como hospital provisional. El resto de las tiendas eran más pequeñas, blancas y tenían el logo azul de la ONG. Dentro se hospedaban los refugiados, y camillas y telas dividían el espacio.

Sophia se pasó la tarde conociendo a sus compañeros y a los niños. Aunque era incapaz de comunicarse con ellos, pudieron jugar y reír. Las miradas y los gestos eran un lenguaje universal que hacía a Sophia inmensamente feliz. Fueron capaces de distraer a los más pequeños con teatro, y jugando con muñecas y con balones.

No muy lejos de la zona de juegos, los doctores pasaban acelerados de un lado a otro. Llevaban guantes y mascarillas que ocultaban su rostro. Arrastraban camillas en las que transportaban cuerpos envueltos en bolsas negras. A Sophia se le removía el estómago cuando veía una escena similar, por lo que comenzó a mirar hacia abajo, impotente.

El sexto día, una niña de nueve años se le acercó. Iba descalza y vestida con una tela de color ocre que dejaba al descubierto unas extremidades chupadas. Sophia se encontró con unos ojos grandes, marrones y asustados que la miraban sin pestañear. Enseguida buscó a alguno de sus compañeros, pero no vio a ninguno de ellos cerca. La niña tiró de su blusa con fuerza y, con la mano que le quedaba libre, señaló en una dirección. Sophia acompañó a la pequeña hasta el interior de una tienda de campaña. Una vez dentro, contó cuatro niños alrededor de una cama. Estaban arrodillados en el suelo y, ante su presencia, se giraron para mirarla. Tenían los cuerpos encogidos y asustados, y un brillo de esperanza atravesó sus ojos al verla, como una estrella fugaz cayendo en medio de la oscuridad. Uno de ellos, además, tenía los ojos hinchados e irritados de tanto llorar. Cuando Sophia se acercó un poco más, se llevó las manos a la boca; tendido en la camilla había un muchacho joven con los ojos cerrados y los labios sellados, su pecho inmóvil como si una losa lo aplastara. Se fijó en las cicatrices que le recorrían el cuerpo. Y en que le faltaba la pierna derecha. Sophia cogió fuerzas y salió a buscar a un doctor.

Tardaron apenas unos minutos en llevarse el cadáver.

El adolescente fallecido se llamaba Takur, y el muchacho que lloraba era su hermano pequeño. Ambos habían llegado hacía tiempo en una patera junto a veinte personas más, entre las cuales no se encontraban sus padres, probablemente muertos. Los hermanos estaban solos, y lo que tuvieron que vivir hasta llegar a Grecia no se lo contaron a nadie en el campamento. «Nunca lo harán». Lo que sí sabían los doctores era que Takur había llegado muy enfermo a causa de la amputación que había sufrido, que debió de producirse al explotar algún proyectil o alguna mina muy cerca de él. Alguien había intentado curarle, pero la herida se había infectado de manera alarmante. Takur había aguantado fiebres y alucinaciones durante su travesía. En el campamento había resistido e incluso mejorado con el cuidado de los doctores y las medicinas, pero nunca había salido de la tienda de campaña. Después de varias semanas, había muerto.

Alrededor de las ocho y media de la mañana siguiente, Sophia se alejó de la aldea y del campamento. Necesitaba estar sola y ordenar sus pensamientos. Recorrió algunos senderos de tierra. Caminó entre colinas verdes que le dieron la bienvenida a uno de los muchos precipicios que morían en el mar Egeo. Por el camino, vio a una pareja que hablaba en alemán, una gaviota que la miraba manteniendo las distancias y una mujer asiática que hacía fotos a unas columnas griegas —creyó distinguir que eran jónicas— y que habrían pertenecido a algún templo. Imaginó a varias sacerdotisas, muchos siglos atrás, rezando al dios Apolo. Tal vez ella también debería arrodillarse y rezar.

Ahora Sophia ha llegado al acantilado y se detiene a tres pasos de la frontera. La cabeza le va a mil, como siempre. Las sirenas, los barcos, la guerra, los muertos. Cierra los ojos durante unos segundos. Las olas del mar estallan contra la piedra y las gaviotas graznan alteradas. Pero ella no puede asustarse, debe permanecer serena. Por los niños. Por los muertos y los vivos. Por Takur.

No está acostumbrada a la desgracia, al dolor del inocente, y ojalá no tuviera que acostumbrarse a ello, ojalá todo terminara pronto, pero sabe que no será así. Ella es consciente de que el sufrimiento ha llegado para instalarse en esos cementerios de agua, cada vez más inmensos y profundos, y devorar el corazón de la madre Tierra.

Un grito la arranca de sus pensamientos.

Ha sido un chillido agudo. De mujer. Desgarrador.

Sophia mira el mar, pero no ve nada fuera de lo común. Da media vuelta y el pelo se le enmaraña en la cara. Mientras se aparta la melena, observa cómo un hombre alto y obeso corre desesperado, levantando nubes de tierra bajo sus pies hasta desaparecer de su vista.

¿Qué puede haberle asustado tanto? Sophia frunce el ceño. Otras dos mujeres pasan corriendo. Huyen. ¿Qué es lo que sucede? Los músculos de Sophia se tensan. Deduce que están escapando de algo peligroso. Piensa en si ha podido producirse un terrible

accidente. «¿Y si la guerra ha cruzado el mar y nadie se ha enterado todavía?».

Tiene que ir al campamento, pero no puede moverse: frente a ella aparece un animal.

La intensidad de la luz del sol impide que lo vea con claridad, pero sí distingue que es enorme. La bestia —así decide llamarla, porque, en realidad, no reconoce qué tipo de animal es— camina lenta y pausada, segura de cada paso que da. Sophia se queda sin respiración cuando aprecia unas manchas rojas sobre su cuerpo, totalmente blanco. «Es sangre», se advierte a sí misma. El color rojo resalta de manera enfermiza sobre un lienzo níveo, y este, a su vez, brilla en medio de un paisaje de prados verdes y cielo azul.

Sophia intuye que es arriesgado quedarse ahí, a la vista de aquella cosa. Decide dar unos pasos hacia un lado, con la esperanza de alejarse, pero los nervios la traicionan. Sin darse cuenta, hace rodar unas piedras pequeñas, que suenan al chocar entre ellas. La criatura, atenta, gira el cuello hacia Sophia. Ambos se miran en silencio. La respiración de ella se acelera y su corazón grita; sus venas se encogen y sus piernas se preparan para echar a correr.

Está atrapada con el precipicio detrás, y el animal libre en el campo abierto. La bestia agacha la cabeza. Quiere atacar y Sophia lo sabe.

Ella es consciente de que no puede escapar ni luchar contra ese monstruo. Entonces, piensa en el Minotauro, aunque, esta vez, ha conseguido escapar del laberinto. Ariadna, Teseo y su padre, el rey Egeo. Todo aparece de golpe en su mente: el hilo que guio al héroe de vuelta a casa; Egeo, desconocedor de la verdad, saltando al mar. Sophia coge aire. Lo tiene claro. Decide que su única opción de sobrevivir es imitar al rey. «Voy a vivir. Debo avisar a los demás. Hay que proteger a los niños».

La bestia arranca a correr de manera violenta e impulsiva. Posee un cuerpo fuerte y unas patas que quiebran el suelo. La sangre que lo cubre, todavía fresca, llueve sobre las flores. Se mueve rápido y furioso como un borrón blanco que reluce bajo el sol.

Sophia tiembla. «No me falléis», suplica a sus piernas. Da media vuelta y no piensa. Da un salto. Su cuerpo tiembla tanto que su alma comienza a vibrar y amenaza con escapar. «Todo irá bien» es lo último que piensa antes de hundirse en el agua.

La bestia se detiene y se asoma al precipicio. Queda perpleja al contemplar la inmensidad y la crueldad del mar Egeo.